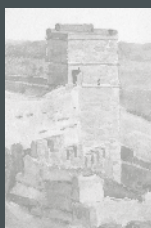


Carmen Troncoso de Arce

LA TORRE MOCHA



CARMEN TRONCOSO DE ARCE

LA TORRE MOCHA

Alcalá de Guadaíra 2015



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaíra



UNIÓN EUROPEA
FONDO EUROPEO
DE DESARROLLO REGIONAL
"Una manera de hacer Europa"

Edita:

AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Coordina:

DELEGACIÓN MUNICIPAL DE PATRIMONIO HISTÓRICO

Diseño, maqueta y cuidado de la edición:

PEDRO BAZÁN CORREA

Ilustraciones:

COLECCIÓN MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Imprime:

IMPRENTIA 2012, S.L.

© Para la edición, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra 2015

© Para los textos, Carmen Troncoso de Arce 2015

ISBN: 978-84-89180-55-0

DEP. LEGAL: SE-426-2015

Proyecto cofinanciado por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional
y el Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra.

*A mis tres niños: Inés, Jimena y Gael.
Abu.*

PRÓLOGO

Una noche de verano en un lugar hermoso. Un lugar que desata el caudal de emociones escondido en los vericuetos de los recuerdos. Recuerdos de las primeras ferias de la niñez, recuerdos de juegos y anhelos en torno a las moreras, recuerdos y preguntas del por qué de esa extraña fuente-piscina, recuerdos más recientes de aventuras teatrales: la Torre Mocha.

Una noche de verano con un público vibrando. Vibrando con la esencia del teatro. Vibrando con el humor y el amor. Vibrando con una historia de formas antiquísimas, pero que por clásica es actual. Vibrando con la palabra poética de los más grandes: Lope, San Juan de la Cruz, Garcilaso. Vibrando con personajes que son de siempre y de ahora. Vibrando con la esencia del teatro.

Una noche de verano con un barrio sintiéndose orgulloso de sí mismo. Sintiéndose orgulloso y tomando posesión –poco a poco, esa noche y las venideras– de un espacio que le es propio y muchas veces le estuvo vedado. Una noche de verano sintiendo a unos actores y actrices en plenitud. Sintiendo que cada gesto, cada inflexión hace crecer la obra. Sintiendo que hemos llegado a lo muchas veces imaginado.

Una noche de verano en la que tienes la íntima satisfacción del deber cumplido. De que si se quiere se puede. De que los sueños hay que perseguirlos. Una noche de verano, la del estreno, que no hubiera sido posible sin el texto que a continuación van a leer. Ojalá puedan disfrutarlo tanto como todos los que lo sentimos aquella noche de julio.

David Fernández Troncoso
Marzo 2015

LA TORRE MOCHA



PRIMERA JORNADA





Genaro Pérez Villaamil, *Castillo de Alcalá de Guadaira*, 1842-1844.
Litografía, 38 x 28 cm. Colección Museo de Alcalá de Guadaira

ESCENA 1

(En el ámbito escénico entra un hombre corriendo alborotado, con aspecto cansado. Durante la escena llegarán, a todo correr y a punto de morir, otros dos hombres. Vienen gritando, cargados con sus pocos enseres, sudorosos y apestosos. Son gente sin edad, pero seguro que ya ninguno de los tres cumplirá los treinta. Van muy mal vestidos, el cabello encrespado, magnífica cueva para bichos; sobre la suciedad que habitualmente los cubre se ha asentado ahora el polvo de este último camino, los sudores de la carrera, y el desaliento de sus vidas nómadas; son los cómicos Peloto, Roscón y Martinazo).

MARTINAZO: Por aquí, compañeros. En este lugar podemos refugiarnos. Y no es mal lugar, pues aquí gozamos de la protección del Alcaide del Castillo.

PELOTO: Supongo que aquí no nos alcanzarán las iras de la Patro.

MARTINAZO: Es que sólo a ti se te puede ocurrir quitarle una ristra de chorizos, una bota de vino y una ensarta de ajos.

PELOTO: Había que buscar una buena razón para salir corriendo y no pagar la cuenta.

ROSCÓN: Total, para lo que nos había dado... pulgas, piojos, frío y este olor a gorrino, pues en el mesón de la Patro las cuerdas son aposentos, y nosotros no podríamos ni pisarlas. Nuestro lugar estaba entre los cochinos.

PELOTO: Deberíamos habernos traído uno.

MARTINAZO: ¡Imposible! Estaban gordos como sollos. Ésos caen antes de San Martín.

ROSCÓN: Pero las cosas nuestras sí las traeremos, ¿no? El liao con las barbas de pellico, las cabelleras de estopa, la saya y la toca para la dama, y sobre todo la manta.

MARTINAZO: Que ya sabéis lo que dice el gran Lope de lo que es el Teatro: “el Teatro es un hombre, una manta, y una pasión”. Imaginad lo que somos nosotros: tres hombres y un muchacho que ayuda y hace la dama. Con estas características ya podemos considerarnos gangarilla. Sabemos de pé a pá el auto de *La oveja perdida*, algunos entremeses de bobos, algunas loas, y cuando nos lo piden, o se nos ocurre, inventamos algún relato que sirva para alabar al señor del castillo o a su bella hija.

ROSCÓN: Bella, o no tan bella. Que algunas son feas como mastinas furiosas.

PELOTO: No me nombres a esas bestias. Cuando el amo del mesón nos las azuzó, yo creí verle las canillas a la flaca, y me cagué. Y luego aquel bruto del galgo que me agarró por los fondillos, y me los puso como un colador, acabó la faena. Menos mal que mi miedo anterior evitó que yo me quedara sin culo, y que lo que salió de mi cuerpo se colara por los “bujeros”. Todo se ha quedado por el camino, menos este olor que me tiene desatentao. Espero que el puto galgo ya se haya muerto de indigestión. Los mastines, como son más terruñeros, no pasaron de las huertas. Ésos son tan listos que saben muy bien lo que tienen que defender, y cuál es su territorio. ¡Buenos perros!

ROSCÓN: Buenos, buenos, pero si te pillan en lo suyo te matan. Ahora, que lo peor de todo eran los gritos, las blasfemias, los votos

y las maldiciones de la Patro. Yo al sentirlos casi me quedo estatua. Qué jodía mujer, qué vozarrón. Todavía estoy temblequeando, y eso que Mairena cae lejos de este pueblo de Alcalá.

MARTINAZO: Lo que yo no me explico es lo pronto que llegó Lázaro. En un principio pensé que era un cobarde y sólo quería salvarse él. Lo perdí de vista en el encinar de Piesolo, frente a Piedrajincá, y cuando casi desmayados llegamos al arrabal del Castillo, allí estaba él esperándonos y franqueándonos la entrada.

PELOTO: Algunos del pueblo le ayudaban.

ROSCÓN: A mí una mujer me dio de beber, ¡qué hermosa samaritana alcalareña!

PELOTO: Un viejo muy viejo trajo una cubeta de agua y me la echó en las posaderas, y luego el nieto trajo unos calzones más viejos que los míos, pero limpios, para que me tapara las vergüenzas.

MARTINAZO: Yo creí que ya me había muerto y que estaba en el cielo, cuando vi lo que vi, aquel grupo de soldados y caballeros, y ese señor tan noble, en su caballo tan negro como la tormenta. Y dos hermosas mujeres en sendos caballos tordos. Y lo más misterioso es que nuestro Lázaro caminaba cerca del caballo del señor, y hablaban de halcones. Parece que se encontraron todos junto al Guadaíra, y que Lázaro, humilde y educado, echando la rodilla en tierra, pidió asilo y protección para nosotros. Un capitán estuvo a punto de cruzarle la cara con su espada, pero la bella damita se interpuso y pidió clemencia por él, y que su padre atendiera sus súplicas. El señor se dejó endulzar por los melindres de la niña, tomó un poco de vino que ella le ofrecía en copa de oro, y feliz y contento picó espuelas subiendo por la parte más empinada hasta la puerta que comunica con la Torre del Homenaje.

ROSCÓN: Qué milagro. Luego nos dijeron que nos instaláramos aquí, en el arrabal, en la Torre Mocha, que debe ser ésta, pues mocha es. Ahora, que hemos tenido que subir trepando por los pies de las murallas, como lagartijas. Pero, ¿dónde está Lázaro, nuestro héroe? Él debía haber llegado el primero, pues sube los montes corriendo como un corzo.

MARTINAZO: Con ese muchacho vamos a llegar muy lejos. Consigue que nos franqueen la entrada en los lugares principales, que siempre prefieren la farándula, que es lo que va antes que compañía, y no a nosotros, que somos pura escoria. Una farándula tiene, al menos, dos o tres mujeres, se saben hasta diez comedias, mucho ható de ropa en arcas para caminar, a veces usan mulas de arriero, y tienen hasta sombreros con plumas; algunas hacen hasta fiestas de Corpus, y les pagan hasta cien ducados. Virgen Santísima, así sí se puede vivir contento.

PELOTO: Nosotros nunca llegaremos a tanto, ni con Lázaro ni con Santa Rita. Y menos a compañía. ¿Te figuras? “Compañía de Peloto, Roscón y Martinazo”.

ROSCÓN: Yo me cago de miedo. Las gentes de las compañías son discretas, personas de bien, mujeres decentes y hermosas, que incluso enamoran a los reyes. Suelen tener un repertorio de cincuenta comedias, trescientas arrobas de ropa, dieciséis actores que representan, muchísimos que comen, no sé cuántos que roban, y uno que cobra. Suelen pertenecer a la Iglesia, a las cofradías, y no salen nunca de las ciudades: Madrid, Sevilla, Almagro, y qué sé yo, yo no sé si hay más sitios. No creo que a mí me gustara eso.

PELOTO: Ni a mí. ¡Cincuenta comedias! Ni el gran Lope tiene lugar de escribirlas, contri menos nosotros de aprenderlas. Yo sólo podría decir “amén”, o hacer de burro (*Rebuzna*) o de dragón, que sólo

gruñe, o de moro que como hablan raro no tendría que estudiar, sólo diría: jamalacú jamalacá, sultán sultán, alfaquí tirirí, alajá, almojá, a ver si comemos ya.

MARTINAZO: A mí sí me gustaría. Estrenar mis obras, dirigirlas, interpretarlas... (*Roscón se toca la panza*). ¿Tienes hambre, Roscón?

ROSCÓN: Yo siempre. La tengo en los huesos desde chiquitito, nací con ella, y nunca me he visto jarto.

PELOTO: Saquemos los chorizos, la bota y algunos ajos. A mí me quedan algunos mendrugos. Deberíamos también haber cogido algunos panes.

ROSCÓN: No podíamos con tanto. Yo de buena gana me habría traído el cerdo. Pero, ¿traer pan a Alcalá? Si sólo con el aire ya estamos comiendo.

MARTINAZO: Yo creo que deberíamos esperar a Lázaro. Lo ha hecho todo por nosotros. Realmente es raro ese muchacho, guarda tantos misterios. Es hermoso como una doncella. Fino, leído, y le gusta la poesía, se sabe no sé cuántos versos. A mí me contó una moza del mesón de Valladolid en que lo rescatamos, con la que dormí esa noche, que el chiquillo no era pariente de los amos, que éstos se lo compraron a unos malhechores cuando tenía dos o tres años, para pronto usarlo como bestia de carga. A los cinco años ya lo tenían trabajando: servía las mesas, barría el suelo con una escoba más grande que él, y acarreaba agua de la fuente. Siempre delicado y curioso, aprendió letras preguntando a aquellos parroquianos que él intuía versados en saberes, y juntando las letras unas con otras llegó a formar palabras: a-cei-tu-nas... ¿por qué dirán aceitunas?, se preguntaba él solito. Al poco tiempo ya leía, primero a trompicones, y luego más ligero que un escribano. El cura párroco de todos

aquellos pueblecillos, viendo el interés de Lázaro, lo tomó bajo su protección, y a cambio de algunos recados lo instruyó en la escritura. Le prestaba libros que él devoraba en la cuadra, alumbrándose con un cabito de vela de la iglesia. Cuando faltó el dómine, y ya Lázaro era un zagalón, sabía todo lo que hay que saber: la poesía de los poetas del tiempo, y hasta hablaba en latín y recitaba versos en italiano. Antes de morir el cura lo quiso mandar a un convento, pero aunque Lázaro admiraba mucho los versos de Fray Juan, lo de ser casto no le iba, se dejaba morir por unos ojos claros, y era el gran Garcilaso, poeta del Emperador, su predilecto. La puta con la que me acosté, y que quería de buen querer a Lazarillo, decía que ese niño tenía que haber sido robado de cuna de oro, que algo grande salía de su persona, y que cuando agarraba las bridas de un burro éste parecía más un caballo alazano, y el chiquillo, el hijo de un rey.

PELOTO: ¡Qué cosa tan grande es la poesía! Martinazo, cuando cuentas estas cosas te pones hasta guapo.

ROSCÓN: Y no creo que repitas al pie de la letra lo que te diría la puta.

MARTINAZO: No. Elisia me dijo esas cosas. Puede que yo adorne las palabras, pero noté lo mismo que vosotros, de ahí mi interés por rescatarlo.

ROSCÓN: ¿Os acordáis? Cuando nos lo llevamos no gritó ni dijo palabra fea. Cerró los ojos como un muerto y se dejó arrastrar por Peloto. Luego se quedó dormido, o desmayado.

MARTINAZO: A mí en la sierra donde nos escondimos por si los mesoneros lo buscaban, me contó algunas cosas de sus primeros años. Recordaba su verdadero nombre, Fabio; los dulces besos de una hermosa mujer que lo llamaba hijito; un hombre ensangrentado; y después sólo los golpes, las burlas, el hambre, el frío, los piojos, las

pesadillas terribles con aquel hombre que echaba sangre por la boca y que gritaba desde el caballo “Perdóname hijo mío, perdóname. No he tenido la hombría de defenderte”. Como lloraba mucho, los ladrones le dieron garrotazos, y perdió un poco la memoria. Y así, como un bicho asustado, lo vendieron a los mesoneros en Valladolid.

(Entra Lázaro con un cántaro en la mano).





Luis Contreras, *Las siete revueltas*, 1925.
Acuarela sobre papel, 28 x 22 cm. Colección Museo de Alcalá de Guadaíra

ESCENA 2

ROSCÓN: ¡Silencio! Que hablando del Rey de Roma, por la puerta asoma. ¿Dónde has estado, Lázaro?

LÁZARO: Fui a la Retama a coger agua fresca. Es la mejor de todos los manantiales.

MARTINAZO: Lázaro, ¿cómo conseguiste este lugar? Los alcaides no suelen estar muy conformes con nuestra presencia.

LÁZARO: Verdad dices, Martinazo. Yo estaba bebiendo en el río cuando vi la imagen de su caballo y la suya reflejada en el agua. Creí que estaba loco, pues yo ya había visto eso mismo hacía mucho tiempo. Me puse de rodillas y le imploré compasión. Le dije quiénes éramos, y que nos amparara en su Castillo, y entonces se me apareció la Virgen.

PELOTO: ¡¿Se te presentó la Virgen del Cielo?! Tú estás cada día más loco.

LÁZARO: No la Virgen propiamente, pero sí su imagen hermosa. Y le rogó al señor por nosotros, y le llamó el corazón a la lástima. Y luego, ayudada por la dueña, le puso en la mano una copa de oro con vino fresco. El viejo se reía con los melindres de la chiquilla, de la hermosura viva, y dijo algo así: “Inés, no te puedo negar nada. Que se oculten en la Torre Mocha”. El halcón se posó en su guante, y toda la comitiva tiró para la puerta del castillo. Yo no sabía si estaba vivo o muerto, pero se me removió todo por dentro. Mi corazón de niño de repente se hizo de hombre. Quería besar las botas del señor, decirle que no se fuera, que me llevara a su lado, que no me podía separar de ella. Porque yo no vivo ni respiro, y sólo sueño con los ojos verdes de aquella muchacha.

PELOTO: Yo creo que te has enamorado.

LÁZARO: ¿También del viejo?

PELOTO: Hijo, ¿yo qué sé? Las cosas son tan raras... Igual te enamoraste del caballo.

MARTINAZO: Dejadlo ya. ¿No veis que no puede ni hablar, que se le doblan las piernas? Hijo, tumbate un rato, refréscate y procura echar un sueñecito (*Cuando ya lo ha calmado, se vuelve a los otros*). Dios nos libre que se nos haya enamorado, no hay cosa peor que aspirar a lo que no se puede.

ROSCÓN: Por muy bellos que sean los ojos verdes de la muchacha, nunca se podrán comparar con dos buenas aceitunas gordales, o el color de su jugo.

PELOTO: Las mujeres no valen más que para lo que valen. No es menester volverse loco. Las jóvenes y lindas son peligrosas, y las viejas, bacalaos, y si son gordas, perniles adobaos, y huelen a pescao.

ROSCÓN (*Sacando el chorizo*): Esto sí que es el amor (*Recita*)

Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
la bella Inés, el jamón,
y berenjenas con queso.

MARTINAZO: Una Inés, amante, es
quien tuvo en mí tal poder
que me hizo aborrecer
todo lo que no era Inés.
Trájome un año sin seso
hasta que en una ocasión

me dio a merendar jamón
y berenjenas con queso.

PELOTO: Fue de Inés la primer palma;
pero ya juzgarse ha mal
entre todos ellos cual
tiene más parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
no les hallo distinción:
ya quiero Inés, ya jamón,
ya berenjenas con queso.

ROSCÓN: Alega Inés su beldad;
el jamón, que es de Aracena;
el queso y la berenjena
su andaluza antigüedad.
Y está tan en fiel el peso
que, juzgando sin pasión,
todo es uno: Inés, jamón
y berenjenas con queso.

MARTINAZO: Servirá este nuevo trato
destos mis nuevos amores
para que Inés sus favores
no los venda más baratos.
Pues tendrá por contrapeso,
si no hiciere razón,
una lonja de jamón
y berenjenas con queso (*Baltasar de Alcázar*).

(*A Lázaro*)

Pero chiquillo, ¿qué haces ahí? Sin comer, sin beber, diciendo
versos. ¿No te gusta el chorizo de la Patro?

ROSCÓN: Pues todos sabemos que los cochinos que ella cría son hermosos y olorosos, y estos cochinos los tenía para su uso, que los que les da a los clientes son de otra categoría. Y además que yo cuando robo, sé lo que robo, que a mí me parió mi madre muy ladrón y con muy buena boca.

MARTINAZO: Grandes bocas y buenas narices no huelen bien las perdices.

PELOTO: Bien come el catalán, si es que se lo dan.

ROSCÓN: Muchos ajos en un mortero, mal los maja un majadero.

MARTINAZO: Lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama.

PELOTO: No hay generación sin puta ni ladrón.

MARTINAZO: Mucho sabía el cornudo, pero más el que se los puso.

ROSCÓN: A cada puerco le llega su San Martín.

PELOTO: A la puta y al juglar, a la vejez les va mal.

ROSCÓN: Puta me veas y tú que lo seas.

MARTINAZO: Eso es, porque de casada y ensalada, dos bocaditos y dejalla. Y nosotros dejemos ya el juego de los refranes, que es sabido que muchos sabemos. Lázaro, Lázaro, ven aquí, y dinos de una jodía vez qué tienes, que pareces un loco.

LÁZARO: Martinazo, es que no puedo olvidar sus ojos, sus palabras, las escucho una y otra vez en mi cabeza y sólo puedo llorar. Veo sus labios gordezuelos sonreírme, y oigo cómo le decía a su padre “Padrino, deja que estos pobres cómicos se hospeden en el castillo.

Yo quiero que mañana hagan función para el pueblo, y nosotros también iremos para reírnos un rato”. Entonces yo la miré a los ojos, a esos ojos verdes grandes como el mar, y en mi mirada debió leer todo el dolor que me producía que quisiera ampararnos sólo para reírse, y al mismo tiempo le tenía que estar agradecido por ayudarnos. Todo esto debió entenderlo ella, pues dio un tirón a las bridas y comenzó a galopar camino del castillo, no sin antes clavarme las pupilas en lo más hondo de mi corazón. Yo noté que la sangre me subía a la boca, me sentí morir, y maldije la pena de ser un mendigo, y no poder en ese momento domar a la potra brava. Sólo quería abrazarla y preguntarle con mis labios posados en los suyos:

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquél que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos (*Gutierre de Cetina*).

MARTINAZO: ¡Maldita sea la cucaña! Tú te has enamorado. Lo que nos faltaba, el único medianamente cuerdo se nos vuelve loco de amor. Come, Lazarillo, y vente a dormir. Mira que no hay nada peor que aspirar a lo que no llegamos. Antes le decía yo a esos dos infelices que de los refranes a los que jugábamos nos alimentábamos, pero las palabras en verdad sólo alimentan a los poetas, y eso sólo si son de corte. Tú no eres más que un chiquillo, pobre y desaharrapado. Come y duerme, que te tienes que poner grande.

PELOTO: Pero, ¿todavía no venís a dormir?

ROSCÓN: ¿Seguís hablando de la muchacha? Yo puedo contaros algo.

LÁZARO: Dime lo que sepas, amigo Roscón.

ROSCÓN: Pues cuenta la Balbina, que siempre ha servido en el Castillo, que la niña es una rica heredera huérfana de padre y madre. Que el señor, que es su padrino, la tomó como pupila para curarse de la melancolía de haber perdido a su único hijo, y a los pocos meses a su hermosa mujer.

PELOTO: ¡Virgen del Águila, cuánto dolor!

ROSCÓN: Dice la Balbina que la chiquilla, que debe de andar por los quince años, es su única alegría, que no ha querido tomar mujer, y que todo su amor, puro como una rosa, lo pone a los pies de su ahijada, a la que cuidan desde chiquitita una dueña y este Alcaide, que se dejaría matar por ella. La llena de joyas, de gustos, de caprichos. Y ella, como es tan feliz, aún no ha pensado en tomar esposo, aunque tenga muchos pretendientes.

PELOTO: Algo tendrá, cuando no la casan.

MARTINAZO: ¡Mira que eres asqueroso! La chiquilla es muy joven, muy rica y muy hermosa. Y si no se ha querido casar es porque no ha sentido aún el amor.

ROSCÓN: ¿Qué es eso del amor? Las buenas mujeres se casan con quien sus padres digan.

MARTINAZO: El caso es que el Alcaide tampoco tiene prisa. No quiere separarse de su niña. Ella sólo mitiga su dolor.

ROSCÓN: Martinazo, me estás saliendo poeta, o dramaturgo de fuste. Así que... no la casa porque la quiere mucho...

MARTINAZO: Por eso, y por otras cosas que se cuentan por las plazas y posadas. Hay un Conde de no sé cuántos al que el Alcaide le debe dinero, que le prestó para una guerra, y ahora se lo quiere cobrar casándose con la palomita. Es un viejo feo como el diablo, sucio, lujurioso, pero rico como Creso. Y el señor prefiere morir antes que su niña pase a manos de esa bestia. Yo creo que está pensando en llevarla a un convento.

ROSCÓN: ¿A un convento? Pero, ¿cómo se va a ir a un convento esa prenda? Tiene que casarse y enterarse de lo que es un hombre. Verbigracia, un hombre como yo.

PELOTO (*Se cae al suelo de risa*): ¿Como tú? Pero si tú eres un bicho.

ROSCÓN: Pero soy bueno. Además, yo no comprendo tanto lío por una hembra flaca y sabihonda. Que se case o que sea monja, a mí me da igual. Yo lo que quisiera ahora son una buenas gachas, una cama calentita, y si pudiera ser una buena jaca para montarla.

PELOTO: Bebamos la bota hasta el final, que tengo mucho frío y si estamos borrachos me entero menos.

ROSCÓN: Apretújate conmigo, y tapémonos con la mantita, y a soñar, que soñando o actuando podemos ser reyes, o caballeros, o ricos, o el mismísimo Papa de Roma.

PELOTO: Yo voy a soñar esta noche con la hermosa Inés, o con su dueña, aunque quizá ya no sea tan bonita como dice la Balbina. A lo peor le ha crecido la nariz, tuvo viruelas, o ha ensanchado tanto que se volvió jacota.

ROSCÓN: Yo esta noche no entiendo nada. Martinazo anda como perro sin amo, barruntando una tormenta, mirando a la Luna como si ésta fuera un queso. Y el otro ni ha comido, ni ha bebido, ni quiere

estar con nosotros, y ahí está diciendo cosas raras, que yo creo que son poesías. Menos mal que tú y yo somos normales. Sólo queremos comer, dormir... y folgar.

PELOTO: Yo te quiero mucho... ¡¡pero como hermano, eh!! Yo no recuerdo a mis padres, ni a mis parientes. Sólo te quiero a ti, animalote. Ahí llega Martinazo, dejémosle un cachito en el jergón.

MARTINAZO: Qué frío más cochino. ¿Queda vino?

PELOTO (*Pasándole la bota*): Exprímela, que ya mañana será otro día.

ROSCÓN: Recemos una oración a las Ánimas Benditas, a los Ángeles Custodios, y a la Virgen María, que el que no tiene madre algo tiene con su amor. Hasta mañana, hermanos.

MARTINAZO: Dormid con Dios.

ROSCÓN (*De rodillas y con las manos juntas*):

Cuatro esquinitas tiene mi cama,
cuatro angelitos que me la guardan,
San Juan, San Matías,
el Niño de Dios y la Virgen María.

TODOS: Amén.

ESCENA 3

(Los tres cómicos están durmiendo. Lázaró no puede dormir).

LÁZARO: No sé qué tengo esta noche. Puede que la luna brille mucho, o que el aire huela a flores. El corazón me salta en el pecho con un presentimiento de dolor y de alegría. Veo la cara de la hermosa muchacha que me mira rendido a los pies de ese hombre al que quiero abrazar. La muchacha se ríe, y su risa es como un puñal, pero luego alarga su mano blanca para coger la mía. Las palabras pelean en mi cabeza, y ahora sé que la amo.

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribisteis, yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto,
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto (*Garcilaso de la Vega*).

(Entra Inés corriendo, como si jugara al escondite, con su dama detrás. Lázaró se esconde).

DAMA: ¡Inés! ¡Inesita! ¡Doña Inés! No te escondas. Sólo a ti se te ocurre escaparte a estas horas, y ponerte a buscar a esos cómicos por toda la fortaleza. Pero, ¿es que has olvidado quién eres? Si tu padre se entera, me manda a matar, y a ti te lleva derechita al convento.

INÉS: Pero qué exagerada eres. ¿Qué mal puede haber en que en una noche tan hermosa una muchacha pasee con su dama por el interior de la fortaleza, del Castillo de su padre?

DAMA: Yo no te acompaño, yo corro detrás de ti con la lengua fuera, mientras tú saltas y bailas como un fantasma; y te escapas, y te escondes, y te pierdo. Creo que lo único que quieres es encontrar a los cómicos. Mañana actuarán para ti, no te preocupes.

INÉS: No, dueña, no. No me interesan esos cómicos. Serán feos y gordos, y estarán dormidos, o muy borrachos.

DAMA: Por lo que yo vi esta tarde, al menos uno de ellos no era ni feo, ni gordo, ni borracho, ni...

INÉS: Callad, dueña. Ese muchacho sólo era un mendigo. Yo lo único que siento es que la noche es muy hermosa, que la luna se está escondiendo detrás de las nubes, que el aire huele a flores, que el corazón se me salta en el pecho lleno de presentimientos.

(Se separan dentro del mismo ámbito; debe dar la impresión de que no se ven).

DAMA: Pero la noche cada vez es más oscura. La luna se ha ocultado. ¿Dónde estás Inesita, dónde estás, bella niña?

(Inés llega junto a Lázaro, y se quedan los dos de pie, mirándose).

INÉS: En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
(¡oh dichosa ventura!)
salí sin ser notada,
estando ya la casa sosegada.

A oscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
(¡oh dichosa ventura!)
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierta que la luz del mediodía,
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiastes!,
¡oh noche amable más que el alborada!,
¡oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado (*San Juan de la Cruz*).

INÉS: ¿Quién eres tú, que haces que toda mi vida se trastoque? Yo ya no tengo nombre, pues desconozco el tuyo, y ningún otro quiero tener.

LÁZARO: Me llamo Fabio. No tengo para darte más que mi amor ardiente, y el mundo, y los mares, y el universo, y las estrellas. Yo

creo que tuve unos padres que me querían. Recuerdo los brazos tiernos de una mujer muy dulce que me cantaba nanas, y un padre sonriente que me veía jugar junto a un río. Recuerdo las piedras doradas de un castillo, y la sangre, mucha sangre, que salía por la boca de ese padre herido. Yo sé poco más de mí, pues lo de después sólo es dolor, y no quiero herir tus oídos. Y ahora sí sé cómo terminaba el soneto que antes de tu llegada trataba de componer.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero (*Garcilaso de la Vega*).

(Se apartan a una zona de sombras).

DAMA: ¡Inés! ¡Doña Inés! Salid al momento, si no tendré que llamar a la guardia, dar la alerta para que os busquen. Estos borrachos dormidos te habrán raptado para venderte como esclava en Constantinopla o en Orán.

MARTINAZO (*Levantándose*): ¿Cómo puede tan linda dama decir semejante dislate? ¿Cómo vamos a raptar a alguien si estamos borrachos y dormidos? Aunque yo al menos no estoy borracho, aunque sí quizá un poco dormido, pues cuando os miro creo estar soñando.

DAMA: Dejaos de locuras, y traed pronto a mi niña. Si no aparece pronto, el Alcaide Mayor os mandará matar.

MARTINAZO: Perdón, señora, pero no veo el motivo ni la relación. Primero, permítame que me presente. Soy Diego Martínez de Avellaneda, y aunque me veáis en tan quebrada condición soy

gentilhombre, poeta y dramaturgo. Viajo con estos pobres cómicos por una mudanza de la fortuna, dama muy voluble. Y vos, hermosa mía, ¿cómo os llamáis?

DAMA: Yo me llamo Violante, y soy la dama de doña Inés de Ulloa, protegida del Alcaide de este castillo.

MARTINAZO: Violante... qué extraña metonimia entre ese nombre y vuestra persona, pues a mí me parecéis un lirio blanco de la ribera.

DAMA: ¡Cuánta palabrería! Vos presumís tener de poeta la gracia que no quiso daros el cielo. Y si no, demostrádmelo, haced un soneto para mí.

MARTINAZO: Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
que voy los trece versos acabando;
contad si son catorce, y está hecho (*Lope de Vega*).

DAMA: Don Diego, yo no podía creer que fuerais tan gran poeta, debíais estar en la capital, en el Corral del Sol, y no como un pobrete

con esos dos borrachos y el chiquillo. Y hablando del chiquillo, ¿dónde están? Éstos son los últimos instantes de mi vida. Si el señor se da cuenta que su niña no duerme en su cama me mandará matar. Por favor, ¿podéis empezar a escribir la elegía de la pobre Violante?

MARTINAZO: Nada de eso ocurrirá. Lázaro es honrado y bueno, y si quiere a Inés pasará la vida tratando de merecerla, pero no tomará nada que no se le otorgue. Todo lo más robará un beso, como yo quiero robarlo ahora.

(La dama y Martinazo se abrazan y se besan; entran Lázaro e Inés).

INÉS: ¡Dama!

DAMA: ¡Doña Inés!

INÉS: ¿Qué nos pasó esta noche? La luna juguetona nos trajo a la comedia, y ahora las dos volvemos heridas a la tragedia. Tenemos que irnos, mi padre puede despertarse. Corramos, doña Violante, y si se ha despertado decid que fue mi culpa, que me escapé sonámbula *(A Lázaro)*. Adiós amor.

DAMA *(A Martinazo)*: Adiós, hasta mañana.

LÁZARO *(A Inés)*: Te amaré siempre.

MARTINAZO: Violante, yo te he amado siempre.

(Salen Inés y Violante. Quedan frente a frente Lázaro y Diego).

LÁZARO: Diego, ¿qué es esto del amor?

MARTINAZO: Desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo,

alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso.

LÁZARO: No hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso.

MARTINAZO: Huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño.

LOS DOS: Creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe (*Lope de Vega*).



SEGUNDA JORNADA





Luis Contreras, *Muralla y torres del foso*, 1925.
Acuarela sobre papel, 28 x 22 cm. Colección Museo de Alcalá de Guadaíra

ESCENA 4

(Mañana; alguien ha introducido un cesto de comida).

PELOTO: Roscón, pégame un pellizco.

ROSCÓN: Conmigo no te pases, que te parto la cara.

PELOTO: ¡Qué asqueroso! No es nada de eso, es que quiero saber si estoy soñando o despierto.

LOS DOS: ¡Comida, comida! Pan reciente, queso, miel, leche, embutido, uvas y vino.

ROSCÓN: Llama a esos dos. ¿Quién lo habrá traído?

PELOTO: Algún hada, o los fantasmas, pues los poetas no traen nada.

ROSCÓN: Comamos, por la Virgen, que los milagros no se opinan, ni se investigan. ¡Lázaro! ¡Martinazo! Venid, que las hadas llegaron con un almuerzo.

(Comen como fieras, excepto Lázaro).

MARTINAZO: Y ahora, a trabajar, que muy pronto deberemos hacer la función.

PELOTO: Hagamos un entremés improvisado. La historia de la hermosa Al-Wadaira y el cruel dragón. A los poderosos les gusta verse reflejados en las comedias si son buenas. ¿Sabéis lo del gran Shakespeare? Unos cómicos anunciaron a un príncipe quiénes fueron los asesinos de su padre, en Dinamarca.

ROSCÓN: Jesús bendito, ¿dónde cae eso? ¡Dinamarca...!

MARTINAZO: Este entremés se llamará *El dragón desencantado y la hermosa Al-Wadaira*.

ROSCÓN. Me parece muy bien. En este lugar hubo una princesa mora con ese nombre.

LÁZARO: Yo no pienso hacer de princesa. No puedo. Aquí no lo haré. En Carmona, o en El Viso, o donde sea... pero no aquí.

PELOTO: ¿Y se puede saber por qué el señorito se nos ha vuelto tan caprichoso? ¿Qué más dará un sitio que otro?

LÁZARO: Sí, sí, sí, sí da. Yo aquí no quiero hacer un papel ridículo, vestido de mujer, con unas trenzas de estopa. Quiero hacer de caballero. Quiero ser el héroe que defiende a la princesa del dragón. Quiero ser su libertador. No me podéis poner una saya y una basquiña.

PELOTO: No querrás que lo haga yo, con mi facha y mi fecha. Ni tampoco Roscón, que es más feo que pifio. Ése hará de dragón, que no tendrá que hacer mucho esfuerzo.

LÁZARO: Y tú harás de caballero.

PELOTO: Naturalmente. Si no soy guapo, es porque el mago Faetón me robó la lozanía. Además, ése fue el trato cuando te libramos en Valladolid: tú te venías de aprendiz, hacías las damas, trabajabas en el tabanque y hacías los recados.

LÁZARO: En los teatros de Madrid, de Sevilla, y de Almagro, ya actúan mujeres.

ROSCÓN: Ésas son compañías, mamarracho. Protegidas por los reyes y por las cofradías. Tienen escenarios a la italiana; trabajan al paño; usan balconadas y un cerro de vestuarios, pelucas, coronas, espadas y hasta dragones que no son tíos feos. Nosotros no tenemos nada, sólo hambre y piojos.

PELOTO: Déjalo en paz, pobrecillo. Es un barrunto que le ha dado. Ya entrará en razones. El hambre es un remedio para los caprichos.

ROSCÓN: No sé, está muy raro. Esta noche aquí han pasado cosas muy grandes.

MARTINAZO: Muchacho, creo que ya vamos tarde. Salid a esperar al Alcaide pregonando la función. Ya se acerca con su hija y la dueña, y algunos más de la Corte.

(Lázaro está apartado, tiene en la mano la ropa de mujer y está llorando).





Luis Contreras, *Ruinas de San Miguel*, 1925.
Acuarela sobre papel, 22 x 28 cm. Colección Museo de Alcalá de Guadaíra

ESCENA 5

ROSCÓN: Señoras y señores, saluden poniéndose de pie al Alcaide Mayor y a su hermosa hija doña Inés.

(Entran el Alcaide, doña Inés y doña Violante).

MARTINAZO: Al gran Alcaide mayor
dedican con devoción
los cómicos la función.

En honor de donde estamos
esta función tratará
de Al-Wadaira y el dragón.

Acomódese Señor.
Y vos, dueña encantadora.
Y la hermosa princesita.

(Inés ve a Lázaro).

INÉS: Con tu permiso, mi buen padre, voy a saludar a mis primitas, Jimena y Guiomar. Ahora vuelvo.

(Va donde está Lázaro, le quita la ropa, y se esconde).

(Sale al escenario Martinazo).

MARTINAZO: Llegó el tiempo que se usaron
las comedias de apariencias,
de santos y de tramoyas,
y entre éstas, farsas de guerras.

Cantábase a tres y a cuatro,
eran las mujeres bellas,
vestíanse en ropa de hombre,
y bizarras y compuestas,
a representar salían
con cadenas de oro y perlas.
Sacábanse hasta caballos
a los teatros, grandeza
nunca vista en este tiempo,
que no fue la menor de ellas.
En efecto, éste pasó,
llegó el nuestro, que pudiera
llamarse el tiempo dorado,
según al punto al que llegan (*Agustín de Rojas*).

ROSCÓN: Compañero, compañero,
se casó mi linda amiga,
se casó con un villano
que es lo que más me dolía.
Es malo como un pecado,
de gran riqueza y familia;
Conde le calló por título,
pero yo le llamo arpía.
Dragón maldito, le digo,
de la dragontea hijo,
a mi princesa Al-Wadaira
se la ha llevado cautiva.
Irme quiero a tomar moro
allende la morería,
y cristiano que me encuentre
no le quitaré la vida.

MARTINAZO: No lo hagas, compañero;
no lo hagas, por tu vida.

De tres hermanas que tengo
te daré la más garrida.
El cuello tiene de garza,
la piel es de maravilla.
Si la quieres, por mujer;
si la quieres, por amiga.

ROSCÓN: No la quiero por mujer,
no la quiero por amiga;
yo sólo quiero a la hermosa,
a la noble Al-Wadaira.
Y se la lleva un dragón.
Me voy a la morería.

(Aparece Peloto como dragón).

PELOTO: Soy quien sé beberme un río
y tragarme entero un monte,
espantar al horizonte
cuando al cielo desafío;
soy quien vomita centellas
del infierno de mi daño,
y soy el dragón que empañó
con mi aliento las estrellas.

(Entra Inés como cómica, como Al-Wadaira, espada en mano).

INÉS: Yo soy la poderosa
doncella de este castillo.
El amor ya me ha besado,
y con este nuevo brillo
al dragón he derribado
a los pies de mi castillo.

No pretendas casamiento,
Doroteo, por tu honor,
porque todo mi favor
a aquel hombre se lo entrego.
(Romance anónimo adaptado por Carmen Troncoso).

(El Alcaide sube al escenario dando gritos).

ALCAIDE: ¡Que pare ya esta farsa! Hija, ¿cómo puede una mujer de tan grande condición pelear con un dragón que sólo un mendigo es? ¿Y publicar ante el pueblo que su más grande virtud, se la entregaste, ¡ay de mí!, a tan horrible ladrón? Mañana sin más tardar, y junto con esa dama infiel, ingresaréis para siempre en un convento de rejas. Yo me moriré de pena, pero lo pide el honor. Al traidor traedlo preso. Vamos, vosotros dos, mamarrachos, traedlo aquí (*Lo traen*). Tú, hombre de mala ralea, te colgaré de la torre, pero primero quisiera, delante de esta gente que han escuchado la afrenta, darte doscientos azotes con látigo de siete cuerdas. Arrancadle la camisa (*Se la arrancan*). ¿Qué ven mis ojos, por Dios? Me ciega el dolor de la tragedia. Esos lunares que tienes, que están formando una estrella, sobre tu hombro derecho, ¿no son una vil quimera, una burla, una patraña de éstos de mala ralea?

MARTINAZO: Son reales, los tuvo siempre. Nosotros, sus compañeros de esta rareza hacíamos burla.

ALCAIDE: ¿Cómo te llamas, muchacho?

LÁZARO: Lázaro. Me lo pusieron en una venta donde me compraron los más malos amos que en el mundo fueran. Estos cómicos amigos me rescataron de aquellas bestias. Con ellos viajo siempre por caminos y veredas. Pero como no voy a mentir estando mi muerte cerca, os diré: me llamo Fabio; y eso pone en la medalla de esta

cadena que cuelga, y que me pude esconder sin que los bandidos que me raptaron la vieran.

ALCAIDE: ¿Qué recuerdas de tu infancia?

LÁZARO: Poca cosa. Una estancia en un castillo, muy hermosa, y los labios dulces de una mujer que me llamaba “hijo”.

ALCAIDE: Hijo... eso eres tú. Mi hijo, mi niño Fabio, que me arrancaron de los brazos los hombres más malvados de estas tierras, en venganza por la pena que habían tenido que pagar con la Justicia. No te supe defender con mi vida, e inventé tu muerte. Lo que se llevó a la tumba fue un corderito, como Abraham con su hijo. Abrázame, hijo mío, y ahora abraza también a tu amada; aunque por hija la tengo, no es tu hermana; es la mujer de tus sueños, tu esposa, tu amada.

INÉS: Padrino, entonces ¿ya no tengo que irme al convento?

ALCAIDE (*Con risas*): Sí, a un convento, pero con este fraile dentro. Vosotros dos no os iréis de este castillo ni de mi lado aunque os tuviera que atar.

MARTINAZO: Señor, yo quiero pedir perdón. Anoche no protegí a la señora del amor de este muchacho, pues yo también sucumbí a los fuegos de pasión que la dueña Violante me provocó; fue mi culpa.

DAMA: Fue la mía, que no atendí a la que tenía a mi cargo.

LÁZARO: La culpa fue sólo mía, pues me he vuelto como loco con la risa, con la boca, con la gracia de mi hermosa Inés.

INÉS: La culpa fue mía, padrino, pues en cuanto a Fabio vi lo amé, y no me importó si cómica tenía que ser. Por el amor de mi Fabio llegué hasta a negarte a ti.

ALCAIDE: ¡Cuántos culpables a un tiempo! ¿Os deberé castigar? ¿O mañana comenzar los preparos de las bodas? Fabio, toma por mujer a la que ya has elegido. Y tú, Inés, por marido toma a mi Fabio otra vez. Que ahora dos veces mi hija has de ser.

DAMA: Martinazo, si no hay más remedio, en cómica me convierto.

MARTINAZO: No hace falta. Si el Señor lo quiere, yo aquí junto a ti me quedo. Y serviré en el castillo.

ALCAIDE: Como mi secretario, puede ser.

MARTINAZO: Ya dejaré este nombre, y Diego Martínez seré, secretario del señor Nicodemo Pérez y Real, Alcaide del gran lugar Castillo del Guadaíra en término de Alcalá.

DAMA: Pero tenemos que casarnos. Si no, nada más que el besito de anoche te entregaré.

MARTINAZO: Diego Martínez cumple como el caballero que es. Yo te amo, Violante.

PELOTO: Violante, ¡qué promesa!

ROSCÓN: Violante, ¡qué ocasión!

PELOTO: ¿Y nosotros?

ROSCÓN: Sólo somos cómicos.

ALCAIDE: Vosotros si lo queréis también os podéis quedar, pero debéis cambiar el tabanque por las armas.

ROSCÓN: Señor Alcaide Mayor, mi hermano Peloto y yo sólo sabemos luchar con espadas de madera. Si somos cómicos podemos ser lo que nos dé la gana: papa, rey o cardenal, consejero, capitán, dama bella o moro altivo, galán guapo o feo dragón. Nos gusta dormir al raso, robar chorizos a Patro y beber vino barato. Nosotros somos teatro.

ALCAIDE: Entonces, que se os pague bien por tan extraña función. ¿Quinientos ducados os valen?

LOS DOS: Es mucho, mucho, señor.

ALCAIDE: Aunque os diera toda mi sangre y mi hacienda, no pagaría lo que habéis traído a mi casa. Fabio es todo para mí, es mi vida, es mi ilusión, es mi nueva juventud, y de mi niña es amor. Cuando os canséis del camino, venid al castillo. Lo de las armas no era más que una broma. Aquí podéis, si queréis, que yo os cree compañía. Actuaréis y dirigiréis. ¿Queréis que os traiga a Lope de Vega para que os escriba comedias nuevas, o preferís los autos de Pastor?

(Salen el Alcaide, Inés, Lázaro, Violante y Martinazo).

PELOTO: Gracias, señor, volveremos. Ahora debemos cumplir con algunos pueblecillos y cortijos que nos esperan. Volveremos por las bodas, así que pronto nos veremos.

ROSCÓN: Peloto, somos peor que la peste. Nos ofrecen compañía y ahora sólo somos ñaque: dos hombres, el campo entero como escenario, por luminarias el sol y las estrellas. Es nuestro sino.

PELOTO: Quitarnos los piojos entre los trigos, y matarnos las pulgas a manotazos.

ROSCÓN: No, hermano, no estamos locos. Buscamos un tesoro. Se llama libertad. Amigo mío, se llama libertad. Esto es Teatro.

Carmen Troncoso de Arce
Alcalá de Guadaíra. Marzo de 2014



La Torre Mocha se estrenó el 4 de julio de 2014 en el recinto de la Torre Mocha de Alcalá de Guadaíra con el siguiente reparto:

Martinazo: Pablo Leira.

Peloto: Hugo Obando.

Roscón: Juan José Morales “Tate”.

Lázaro: José Manuel Navarro.

Inés: Anabel Castaño.

Dama: Estefanía Albanés / Rosa Hidalgo.

Alcaide: Horacio Pérez y Real.

Dirección: David Fernández Troncoso.

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2015, cuando la luz de la primavera hace que las murallas del castillo de Alcalá parezcan de oro.

